

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE
LA DUDA QUE BUSCA:
¿ERES TÚ EL QUE HA DE VENIR?

3º DOMINGO DE ADVIENTO – Ciclo A 2019

Mateo 11, 2-11

*Juan, que oyó en la cárcel las obras de Jesús, envió a sus discípulos a preguntarle: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?”. Jesús les respondió: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el evangelio a los pobres: ¡dichoso el que **no se escandalice en mí!**”.*

Cuando se fueron, Jesús comenzó a hablar de Juan a las gentes:

*“¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña movida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido lujosamente? Los que visten lujosamente están en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis, a ver a un profeta? Sí, os digo; y más que profeta. Él es de quien está escrito: «Yo envío delante de ti a mi **mensajero** para que te prepare el **camino**». Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista, aunque el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él.*

Amigas, amigos:

He aquí una estampa inesperada de Juan el Bautista. El ardoroso predicador del desierto, ahora encarcelado por amor a la verdad, está a la vez **preso** en la angustia de la **duda**. *¿Eres tú...?* No es la duda frívola que se alza de hombros ante el no saber, sino la duda que necesita y busca desesperadamente la verdad. Es la realidad misma de la verdad – decirlo tal como se vive – la que acarrea interrogantes. Jesús sale al encuentro del encarcelado señalando los **signos** últimos de la verdad. Y Jesús advierte, acabado el homenaje a Juan, que nadie se sienta escandalizado de los vericuetos a los que puede llevar la verdad en la vida de los que quieren vivir conforme a la verdad.

Piedra de escándalo

El evangelio de hoy nos habla de **dos identidades**: quién es Juan Bautista y quién es Jesús. Y lo hace con palabras de Jesús. Es Jesús el que nos habla hoy sobre quién es el Bautista y quién es él mismo. Del Bautista habla directamente y dice que es un *profeta...* y el *más grande entre los nacidos de mujer*. De sí mismo habla indirectamente, dando respuesta a la pregunta de Juan - *¿Eres tú el que ha de venir...?* - y citando palabras de la Sagrada Escritura. Esas palabras se refieren a las obras que acompañarán la venida del Mesías (el esperado Salvador). Jesús ha llevado a cabo tales obras: ... *los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia el evangelio a los pobres*. Jesús ha hecho todo eso. Por tanto, que Juan saque las consecuencias. Y el lector de este evangelio, también. En su momento hablará Jesús en estilo directo de sí mismo: **Yo soy...** Ahora las obras del Mesías.

Felicidad prometida. Punzante contradicción

Pero nuestra reflexión se centra también en las palabras que siguen a la cita de Isaías: la promesa de la **felicidad** a todos aquellos que no ven en Jesús una piedra de *escándalo*, es decir, que dan acogida a su palabra, de modo que no ven en sus palabras y obras

motivo para tropezar y rechazarlo. La primera aparición en público de Jesús, en la sinagoga de Nazaret terminó en *escándalo*; dijo cosas que excitaron a los oyentes en su contra y experimentó el primer rechazo violento por parte de sus propios paisanos (Lucas 4, 28-30; Marcos 6, 3). Este punto es esencial porque Jesús se verá **confrontado** con personas, algunas con gran poder, que se *escandalizarán* de él, de sus palabras y de sus obras, y acabarán por llevarlo a la muerte. Es el caso también de Juan el Bautista.

Haremos bien en tomar en serio las palabras de Jesús y el desafío que encierran hoy para nosotros. Es promesa de felicidad – *Dichoso... -*, pero a la vez es *causa de que muchos caigan y otros muchos se levanten... signo de contradicción puesto para descubrir los pensamientos más íntimos de mucha gente*¹. Jesús será siempre una **bandera discutida** que no ha venido *a poner la paz en la tierra..., sino división* (Lucas 2, 34-35).

¿Recuerdas las veces que nos hemos quejado a Dios, de Dios, contra Dios, haciendo de él una especie de chivo expiatorio, echándole las culpas de todo lo que no nos gusta? En esa queja, en esa protesta hay un explícito rechazo de ver a Dios en Jesús..., el *cordero* del sacrificio que *quita el pecado del mundo*. Jesús en la cruz, locura para muchos, escándalo para otros, es vivo retrato de Dios en la fe de los cristianos. El escándalo y la contradicción que desafía a la fe, al creyente, es que Dios se haga un hombre concreto, un individuo, Jesús, que dice y hace esas cosas; y que un hombre concreto, uno de tantos, Jesús de Nazaret, que hace tales obras y dice tales cosas, sea Dios. Eso es *escandaloso...* Y el seguimiento de Jesús exige esa conversión **mental**, ciertamente sobrehumana: la **transformación absoluta** de nuestra manera de ver a Dios. Y también de nuestra concepción de Jesús como encarnación de la **perfección**. Se requiere la **humildad** de rebajar mis criterios de perfección para para que pueda ver en Jesús al que es **perfecto** como *el padre es perfecto* (Mateo 5, 48). Dios nos escandaliza con su obra, y el escándalo más grande en la creación, dijo una vez Bernanos, es haber hecho **libre** al hombre. ¿O hemos de decir que Dios ignoraba los riesgos? En la parábola del *Hijo Pródigo* los dos hijos han sido hecho libres. Libres, para quedarse en casa o para abandonar el hogar y “abrirse al ancho mundo”. La paciencia infinita de Dios esperará, buscará incansablemente al hombre. Podemos vernos representados en esos dos hijos.

La perplejidad de Juan el Bautista

Desde luego, en la cárcel sobra tiempo para reflexionar. En eso se parece al retiro en un convento. Y el Bautista en la cárcel mezcló con sus rezos numerosas **preguntas**. ¿Por qué estoy en la cárcel? ¿Es que la verdad ha de salir perdedora? ¿Y qué pasa con Jesús? ¿Es que la esperanza ha de seguir esperando? ¿O he de cambiar de esperanza? No sabemos lo que rondaba en la cabeza de Juan, pero una de sus preguntas ha saltado al exterior en boca de sus discípulos. Juan los manda a preguntar a Jesús: *¿Eres tú el que ha de venir...?*

Jesús es el que tenía que venir, *el que viene*, pero no dice el Evangelio que fuera a Juan en la cárcel. ¿No está más que justificada la duda de Juan? Duda angustiada porque envuelve el total de su vida. ¿He caminado en vano? ¿He errado el camino? ¿O más bien lo que me está pasando es parte del camino, mi camino? Jesús mismo sufrió la muerte violenta, y no se salvó a sí mismo, ni el Padre lo libró de la cruz. Y el buen lector del evangelio de hoy tiene que sentir mucha extrañeza, tiene que “escandalizarse” en cierto

modo, es decir, no sentirse ajeno al curso de los acontecimientos, del evangelio o los de la propia vida, implicarse en ellos y definir su actitud de fe ante ellos. Tiene que preguntarse: ¿por qué? ¿Cómo “leer” los hechos? ¿Cómo prestarles “escucha”? Porque Jesús decía *el que tenga oídos para oír, que oiga*. ¿Qué clase de oídos hay que tener para aceptar a Juan en la **cárcel** o a Jesús en la **cruz**?

La respuesta por medio de los signos

A la pregunta *¿Eres tú el que ha de venir?* Jesús podría contestar: *¡Si, soy yo!* Pero no contesta así, sino que remite a unos signos o señales que Juan no ha visto. Esos signos son las obras de Jesús. Los han visto otros, y Juan sólo recibe un *testimonio* de los que ven lo que está ocurriendo fuera de la cárcel. *Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen...y los pobres son evangelizados*”. Obras maravillosas profetizadas por Isaías, que ha obrado Jesús y que los evangelios (Juan Evangelista sobre todo) llaman *signos*. La particularidad de esos signos es que han sacado a Jesús del anonimato. Jesús al principio de su vida pública (los tres últimos años de su vida según los evangelios) era un desconocido, un “donnadie”. *Hay en medio de vosotros Uno a quien no conocéis* (Juan 1, 26), había dicho el propio Juan Bautista. *En medio de vosotros...*, no en un rincón, ni en el desierto (como Juan), ni en un convento o iglesia. Pero entonces podríamos preguntar a Juan, y nos preguntamos a nosotros mismos: “Si estaba en medio de ellos, ¿cómo es que no lo conocían?”

La respuesta es que Jesús era **igual** que los demás, era uno de tantos, un ser anónimo. Era ya el Señor, pero no se notaba. Y no lo veían como Señor. Empezaron a verlo cuando Jesús empezó a hacer cosas **diferentes**, *cosas-signo*, obras que asombraban, que encandilaban, que sembraban inquietud, que despertaban preguntas; obras que también provocaban reacciones hostiles, incluso envidia, alguna rabia y a veces odio. Decimos *cosas-signo* porque se trata de obras que no terminan en ellas mismas, obras que se prolongan en una interpretación o lectura de su **significado**. La mayoría de los favorecidos por algunas de esas obras maravillosas – como una curación - o sus espectadores no iban más allá de las obras, o simplemente equivocaban su sentido. Eran obras que **atraían** a la gente, desde luego; no podía ser de otra manera. Ver a un ciego que recobra la vista, a un cojo que empieza a andar de buen pie, a un leproso que de repente se ve limpio, un sordo que oye, o muertos que vuelven a la vida..., todo eso maravilla y tiene un atractivo que no se puede resistir. Y no sólo como espectáculo. ¿Y por qué *atrae*? Porque *satisface* una necesidad. Y cualquiera puede pensar: “Si cura, Jesús es médico o curandero, y puede volver a curar; si da de comer pan, Jesús es un generoso panadero y volverá a dar de comer”, etc. Para muchos, ahí terminaba el sentido de la obra hecha por el Señor. Jesús ha satisfecho una concreta necesidad. Nada más.

Pero otros hicieron **otra lectura** de las obras milagrosas de Jesús. **Se fijaron en Él** - y no sólo en las obras maravillosas -, y empezaron a *creer* en él, y sus vidas cambiaron. Algunos le **siguieron**.

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS MEDITATIVAS

Conviene que él crezca y yo mengüe

Es Juan el Bautista, en efecto, el que pronunció estas palabras. Vivía en el desierto de Judea, lejos de la vanidad que se cultiva en los lugares encumbrados, lejos de la inconstancia que exalta y derrumba, celebra y crucifica, tan lejos como su atuendo estaba de las suaves vestiduras, tanto como del inclinado junco estaba su esencia. No era el Mesías, no era uno de los antiguos profetas, no era el profeta, era la voz que clama en el desierto. Y clamaba en el desierto para preparar el camino de aquél que habría de venir después de él, y cuya sandalia él no era digno de desatar. No era, sin embargo, un pobre hombre, era «el más grande que de una mujer ha nacido», de milagrosa procedencia, como la de aquél cuya venida él anunciaba; pero la diferencia era también aquí como la que existe en el milagro de que una mujer de edad avanzada se vuelve fecunda, contra el orden de la naturaleza, y el que una mera virgen dé a luz por la fuerza de Dios, por encima del orden de la naturaleza; ¿y no es ya esta diferencia una bella alusión a la diferencia entre lo que desciende y lo que surge? Y clamó en el desierto hasta que la atención de la muchedumbre despertó la atención del Consejo, de manera que enviaron a él sus mensajeros. Pero él no se malinterpretó a sí mismo ni malinterpretó su estancia en la soledad, ni su túnica de pelo de camello, ni su alimento en el desierto, como si todo eso no hubiera sido sino el medio para abrirse paso a sí mismo hacia el honor y el reconocimiento del pueblo. No, él fue y siguió siendo la *voz que clama en el desierto*. Ésa era su obra, él mismo percibía su importancia, pero sabía también que su importancia consistía en que se la desechara y se la olvidara como el grito del sereno cuando a todos es notorio que ha despuntado el día. Entonces salió el sol de aquél cuya estrella matutina despertó la admiración de los sabios; su gloria brilló, y nadie mejor que Juan comprendió que la salida de aquél era el ocaso de su sol. Por eso lo alegraba íntimamente, como a los patriarcas que habían añorado la visión sinceramente, como a los creyentes para quienes seguiría brillando. Y, sin embargo, sabía que la acción según la cual se lo nombraba había de ser desechada, desaparecer como un bautizo por agua ante un bautizo por fuego y por el Espíritu Santo. Entonces le llegó la noticia de que esto había sucedido, y sus discípulos se desconsolaron al ver que aquél acerca del cual Juan había dado testimonio estaba bautizando y que todos venían a él; pero Juan respondió: *mi alegría es plena; preciso es que él crezca y yo mengüe*.

S. Kierkegaard, *Discursos religiosos*, Editorial Trotta.

Trad. del danés por Darío González

Cartas para memoria de la fe
Diciembre 2019

